

I

LAS TRES CARMELITAS DESCALZAS DE GUADALAJARA¹

«Entre las víctimas inocentes que ofrecieron con gozo su vida al Rey de los mártires durante la guerra civil española por causa de su fe, tres carmelitas descalzas del monasterio de San José de Guadalajara son las primeras que alcanzan el honor de los altares. En el Carmelo Teresiano vivían al servicio de Cristo en ese largo martirio que es la vida religiosa, como la definió Santa Teresa; la gozosa fidelidad cotidiana al heroísmo de su vida, consagrada a la contemplación del misterio de Cristo y al servicio de la Iglesia, ofrecida en actitud teologal y en el don de sí de la caridad, fue una providencial preparación para acoger la gracia y el privilegio, por ellas anhelados, de derramar su sangre por la gloria de Cristo Rey (...).

Cuando Guadalajara quedó en manos de los republicanos, el 22 de julio de 1936, las carmelitas descalzas se vieron obligadas a abandonar su convento y alojarse en grupos en familias amigas. El 24 de julio, mientras nuestras tres mártires se dirigían hacia un refugio más seguro, fueron reconocidas como religiosas por una miliciiana que incitó a sus compañeros a que dispararan sobre ellas. Fue alcanzada en el corazón por una bala la Hna. María Angeles, que murió casi al momento. Des-

¹ *Mártires carmelitas de la cruzada española* (Burgos 1939), p.117-125 (relación escrita inmediatamente después de los acontecimientos por sor María Araceli del Santísimo Sacramento, hermana de sor María Pilar, priora del monasterio de Guadalajara); *Tres Azucenas Carmelitas. Datos biográficos de las tres mártires carmelitas descalzas del convento de San José de Guadalajara* (Lérida 1944; 2.^a ed Madrid 1954); J. G. GIACOMELLI, *Martirio a Guadalajara* (Roma 1960); C. DE LA C. DE ARTEAGA FALGUERADE, *El Carmelo de Guadalajara y sus tres azucenas* (Madrid, Ed. Espiritualidad, 1985); J. M. FERAUD, *Tres azucenas ensangrentadas de Guadalajara* (Madrid 1982); J. V. RODRÍGUEZ, *Nuevos diálogos de Carmelitas en Guadalajara* (Madrid, Ed. Espiritualidad, 1986); J. PLA GANDÍA, *Del Carmelo al Calvario*. Carta pastoral en «Boletín Oficial del Obispado de Sigüenza-Guadalajara» 128 (1986) 371-532 (sigo a grandes rasgos esta carta pastoral tanto para las biografías de las religiosas como para el relato de su martirio); F. VAQUERIZO MORENO, *Las Tres Mártires Carmelitas de Guadalajara* (Guadalajara 1987). De las actas del proceso, cf. *Positio super scriptis* (Roma 1962); *Positio super causae introductione* (Roma 1982); *Positio super martyrio* (Roma 1983). V. MACCA, Martínez García, *Giacomina (María Pilar de S. Francisco Borgia) e 2 compagne*, en «Bibliotheca Sanctorum. Prima Appendice» (Roma, Città Nuova Editrice, 1987), 850-853.

pués cayó herida de muerte la Hna. María Pilar; expiró poco más tarde en el hospital donde había sido llevada ya moribunda; pero tuvo tiempo para perdonar de corazón a sus asesinos. Por último cayó la Hna. Teresa, que fue fusilada cerca del cementerio, tras haber resistido a insinuaciones deshonestas y después de haber gritado, como ya lo hiciera también la Hna. María Angeles: "¡Viva Cristo Rey!". Era el 24 de julio, fecha en la que el Carmelo teresiano celebraba la memoria litúrgica de las 16 mártires carmelitas del monasterio de Compiègne; nuestras tres religiosas fueron muy pronto comparadas por los fieles a sus hermanas mártires y las veneraron como auténticos testigos de la fe, pues fueron asesinadas exclusivamente por su fidelidad a Cristo, a la Virgen María y a la Iglesia.

Los procesos canónicos para su beatificación se celebraron en Guadalajara-Sigüenza en los años 1955-1958; en 1962, la Santa Sede emitió su voto sobre los escritos atribuidos a las siervas de Dios. Su Santidad el papa Juan Pablo II reconoció oficialmente su martirio el 22 de marzo de 1986².

Humildes y gozosos testigos de la fuerza del amor de Cristo, las tres beatas carmelitas descalzas mártires son para toda la Iglesia ejemplo de fidelidad heroica que brota de la atención amorosa a cumplir en todo la voluntad del Padre, con caridad y coherencia evangélica»³.

Fueron beatificadas por Juan Pablo II en la Basílica Vaticana, el 29 de marzo de 1987, junto con el cardenal-arzobispo de Sevilla, Marcelo Spínola Maestre, y el sacerdote Manuel Domingo y Sol, de la diócesis de Tortosa, fundador de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús.

1. Beata Jacoba MARTÍNEZ GARCÍA

Hermana María Pilar de San Francisco de Borja, carmelita

* Tarazona (Zaragoza), 30 diciembre 1877

† Guadalajara, 24 julio 1936

58 años

Hija de Gabino y de Luisa, fue la última de 11 hermanos. Al derramar su sangre por Cristo tenía, pues, poco más de

² AAS 78 (1986) 936-940.

³ UFFICIO PER LE CEREMONIE PONTIFICIE, *Capilla papal presidida por el Santo Padre Juan Pablo II para la Beatificación de los Siervos de Dios María Pilar de S. Francisco de Borja, Teresa del Niño Jesús, María Angeles de S. José, Carmelitas Descalzas, Virgenes y Mártires, Marcelo Spínola y Maestre, Manuel Domingo y Sol* Basílica Vaticana, 29 de marzo de 1987, *Cuarto Domingo de Cuaresma* (Tipografía Poliglotta Vaticana, 1987), p.5-12.

cincuenta y ocho años. Fue la mayor en edad de las tres carmelitas y la que sufrió un más prolongado martirio.

Fue bautizada el mismo día de su nacimiento y confirmada a los dos años de edad. Hizo su primera comunión, según las costumbres de entonces, a los once años, en Torrellas (Zaragoza), habiendo sido preparada por un hermano sacerdote. El clima familiar en que vivía favoreció su piedad y su generosidad. Nada hubo de extraño cuando manifestó sus deseos de ingresar en la vida religiosa. Al principio, sin embargo, no quería ser monja, según atestigua Sor M.^a Teresa del Sagrado Corazón: «Sobre la Hna. Pilar he oído referir, creo que a su hermana carnal, la M. Araceli del Stmo. Sacramento, monja de nuestro convento, que, cuando tenía aproximadamente quince años, le preguntaban si quería ser monja, y ella contestaba que no; y alguna vez su madre carnal le replicaba diciéndole que, si era la voluntad de Dios, lo sería, pero ella contestaba con ingenuidad: "Pero si yo no lo quiero, ¿cómo lo va a querer Dios? ¡Que no!, ¡que no!"».

¿Cuándo cambió de opinión? Varios testigos coinciden en que, al asistir a la profesión de su hermana M.^a Araceli, sintió ella deseos de seguir el mismo camino. Esta hermana, que llegó a ser priora del convento, le sobrevivió y pudo atestiguar en el proceso canónico que su hermana Jacoba ingresó en el convento de San José de Guadalajara a los veinte años, «habiendo manifestado sus deseos de ingresar ya tres años antes, no habiéndolo realizado por vivir con su madre, viuda, y con un hermano sacerdote». Tras su profesión tomó el nombre de María del Pilar de San Francisco de Borja. Como buena aragonesa, tenía en gran aprecio la advocación de la Virgen del Pilar.

La fecha escogida para su profesión, una vez realizado el año de su noviciado, fue el día 15 de octubre de 1899, fiesta de Santa Teresa, la reformadora del Carmelo. Tuvo la alegría de contar con la presencia de su madre y su hermano sacerdote, además de la otra hermana ya religiosa, sor Araceli.

Algunos testimonios que conocemos sobre su carácter y virtudes más destacadas proceden de quienes mejor la conocieron por haber convivido con ella, sus hermanas en la vida religiosa.

Afirman abiertamente que la hermana Pilar era de un carácter muy alegre y expansivo: «De tal forma relataba los sucesos de su infancia y sus travesuras, que nos hacía pasar unos ratos muy divertidos, y todas la escuchábamos con gran atención. Una hermana que era más joven, sor María del Sa-

grado Corazón, testifica: «Era muy agradable, y en la recreación, muy simpática»».

Alaban igualmente su «laboriosidad asombrosa, su gran disposición para las labores de manos, principalmente para hacer puntillas de malla, que bordaba primorosamente». Desempeñó en el convento en varias ocasiones los oficios de sacristana y tornera, con gran satisfacción de sus preladas. Su fidelísimo cumplimiento del oficio de sacristana llamó la atención de sus compañeras. Tal vez este oficio la llevó a una devoción por encima de lo común a la Eucaristía.

Su intensa fe en la presencia de Jesús en la Eucaristía la llevaba a «verle y sentirle como Vivo». Lo atestiguan varias de sus compañeras. La M. María Magdalena de San José declaró: «Recuerdo haber oído decir a la Hna. Pilar, que era sacristana, cuando preparaba algún adorno para el Santísimo: “Esto para el Vivo, para el Vivo”». Sor María Teresa del Sagrado Corazón corrobora: «La Hna. Pilar dio pruebas de una viva fe en el Santísimo Sacramento, llamándole “el Vivo” y pasando ante El muchos ratos los días de fiesta; asimismo se le notaba mucho amor en las cosas tocantes a su oficio de sacristana». En el mismo sentido abundan sor M.^a Cecilia del Santísimo Sacramento y sor Modesta del Espíritu Santo. Otra religiosa, sor M.^a Rosario de San Juan de la Cruz, va aún más lejos cuando afirma: «Recuerdo de la Hna. Pilar que todo su afán, después de cumplir sus obligaciones, era recluirse en su celda o marchar al coro ante el Señor, donde decía írsele las penas».

Esta fe tan intensa había de repercutir necesariamente en toda su vida. La antes citada sor María del Sagrado Corazón declara: «Era dada al recogimiento, al trabajo, que lo hacía con espíritu de fe, a la vida sencilla de religiosidad observante». Y un poco más adelante cuenta algunos detalles: «La Hna. Pilar tenía mucha moderación en la comida... En cuanto a la castidad... la Hna. Pilar me dijo, días antes de abandonar el convento con motivo de la revolución, que temía a aquellos hombres por miedo a perder la virginidad».

Un similar testimonio aporta sor María del Sagrado Corazón: «El principal sufrimiento de la Hna. Pilar era el temor de ofender a Dios faltando a esta virtud, según a mí misma me dijo ella, ya que fue probada de siempre con tentaciones contra esta virtud; y deseaba morir para no ofender a Dios en esta materia; y así su principal sufrimiento en el martirio fue el verse rodeada de hombres cuando la llevaron a la Cruz Roja».

Un alma de este calibre estaba preparada para la inmola-ción suprema. Conforme al espíritu y doctrina de la Santa de

Avila, cultivó, junto a sus hermanas, la generosidad y disponibilidad para el martirio. Y no hablamos de hipótesis, sino de realidades. Según el testimonio de sor María Teresa del Sagrado Corazón, la víspera o antevíspera de la salida del convento, la Hna. Pilar «se había ofrecido a Nuestro Señor para que, si quería alguna víctima, la escogiera a ella y dejara a las demás religiosas de la comunidad».

Otra compañera, sor María del S. Corazón, es todavía más explícita: «Cuando estalló la guerra... juntas ofrecimos a Dios nuestras vidas como víctimas, y la Hna. Pilar se ofreció como víctima para que no lo fueran las demás, según oí decir a las otras hermanas... Sobre la disposición de espíritu antes de la muerte de la Hna. Pilar, la oí decir yo misma uno de los días precedentes a nuestra salida del convento: "Si nos martirizan, iremos cantando como las mártires de Compiègne: Corazón Santo..."».

El Señor acogió su ofrecimiento y supo ser fiel. Muchas veces, en su largo martirio, repitió en medio de atroces sufrimientos: «Padre, perdónales, que no saben lo que hacen».

2. Beata Eusebia GARCÍA Y GARCÍA

Hermana Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz, carmelita

* Mochales (Guadalajara, dióc. Sigüenza), 5 marzo 1909

† Guadalajara, 24 julio 1936

25 años

Sus padres, Juan y Eulalia, se alegraron con el nacimiento de esta segunda hija, a la que seguirían otros seis niños. Fue bautizada dos días después de su nacimiento y confirmada el 20 de junio de 1916 por el obispo Toribio Mingüella. Nadie podía anticipar su vocación y destino. Pero en aquella modesta familia de Mochales existía un clima profundamente cristiano, abierto a la entrega a Dios y a la Iglesia. Todas las noches se rezaba el rosario, como atestiguaron dos hermanos de nuestra mártir que llegaron al sacerdocio, Julián y Jerónimo. El santo temor de Dios presidía los acontecimientos de la casa y familia.

En el hogar de Juan y Eulalia, todos miraban a don Florentino García, hermano de ésta, sacerdote distinguido, profesor en el seminario de Sigüenza, que sería nombrado canónigo de la catedral y canciller-secretario del Obispado. Cuando la familia fue aumentando, los padres de Eusebia decidieron enviarla junto al tío Florentino y la hermana de éste, pensando

que la niña podría ser mejor instruida y educada en Sigüenza. Y no se equivocaron. Apenas tenía siete años cuando comenzó, siguiendo los consejos de su tío, el camino de la perfección. Volvió largas temporadas al pueblo, en el que recibió su primera comunión a los ocho años.

Regresó a Sigüenza e ingresó como colegiala interna en el convento-colegio de las Religiosas Ursulinas, en el que permaneció hasta los catorce años. Fue en este ambiente donde se fue fraguando su vocación religiosa; todo conducía a esta meta: el ejemplo de su familia, los consejos de su tío Florentino, el ejemplo y normas educativas de las Ursulinas, la dirección espiritual del confesor don Francisco Toro.

Sorprende a primera vista que ya a los nueve u once años hiciera voto de castidad, que anualmente iría renovando. Precisamente el año 1918, cuando cuenta ella con nueve años, murió su hermana mayor, Victoria, con sólo once años de edad.

Eusebia quedó como la mayor de sus hermanos, pero continuó en Sigüenza su formación humana y religiosa. Estaba abierta a la llamada de Dios. ¿Cuándo se realizó esa llamada? Con toda seguridad, muy temprano, aunque no pueda precisarse con exactitud la edad. En todo caso, podemos saber cuándo decidió ingresar en el Carmelo. Parece que le influyó muchísimo, como a la Hna. Angeles, la lectura de la *Historia de un alma*, de Santa Teresita. Y consta que sintió más intensa la voz de Dios tras escuchar un sermón predicado en Sigüenza por el P. Gabriel de Jesús, OCD, con ocasión del III Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús. Era el año 1922. Eusebia contaba, pues, trece años de edad.

Una vez que siente la llamada, nada la hará volver atrás. Sólo quiere ser carmelita, pero aún no tiene la edad requerida. Ha de vencer fuertes dificultades. A los catorce años termina su etapa de formación en el colegio de las Ursulinas. Permanece habitualmente en casa de su tío y aprovecha bien el tiempo estudiando solfeo y armonio. Pero sobre todo va preparándose para el ingreso en la vida religiosa, mediante una vida de más oración y penitencia, esperando cumplir los dieciséis años.

Su decisión estaba tomada, pero era preciso el consentimiento de los padres. Tenía quince años y medio cuando, el 8 de septiembre de 1924, acompañada de su tío, se dirige a la casa familiar de Mochales. Los padres esperaban que se quedara en ella para ayudar a la madre y atender a los otros seis hermanos, todos varones y menores que Eusebia. La

madre rogó y suplicó que aplazara su ingreso hasta que los hermanos fueran mayores. Eusebia, con el corazón profundamente dolorido, pero con decisión irrevocable, le contestó que no quería dilatar más su entrada, «pues podría morir entre tanto».

Los padres, profundamente cristianos como eran, aun conscientes del gran sacrificio que les pedía el Señor, le otorgaron su consentimiento. Eusebia pasó los meses siguientes en casa consolando a su madre y ayudándola en todo. Mientras tanto, fue preparando las cosas para solicitar el ingreso en el convento de San José de Guadalajara. Cumplidos los dieciséis años el 5 de marzo de 1925, a las pocas semanas, exactamente el 2 de mayo de 1925, franqueaba las puertas de su ansiado Carmelo. Desde el primer momento se sintió inmensamente feliz. Escriben sus compañeras religiosas: «Parecía que toda la vida había estado con nosotras. Todo le embelesaba y le parecía encantado. Aún recordamos la primera recreación a que asistió en la huerta la misma tarde en que entró».

Pasado el período de postulante y el año de noviciado, hizo su profesión de votos temporales el 7 de noviembre de 1926 y la perpetua el 6 de marzo de 1930, al día siguiente de cumplir la edad exigida de veintiuno. Tomó el nombre de Sor María Teresa del Niño Jesús y San Juan de la Cruz.

Todos los testigos, tanto los familiares como los del convento, coinciden en describir el temperamento de la Hna. Teresa como audaz, impulsivo, generoso en sumo grado. Su temprano voto de castidad revela abiertamente un ánimo esforzado y valiente. Su tesón por ingresar en el Carmelo se salía de lo común. La que fue su priora, M.^a Araceli, declara: «La Hna. Teresa manifestó que, si algún día tuviese que salir del convento, se iba a cuidar a los leprosos».

Este temperamento tan vivo había de encauzarse, evitando su lado defectuoso. De hecho, el dominio de sí misma constituyó la tarea principal de su corta vida religiosa. Su compañera, sor María del Sgdo. Corazón, afirma: «En cuanto a la Hna. Teresa, de temperamento fuerte y carácter impetuoso, se hizo mucha violencia hasta vencerse completamente, y, sobre todo en los dos últimos años de su vida, se dio mucho a la vida interior, sintiéndose como si estuviese sumergida en Dios...».

Este dominio de sí misma derivaba de su caridad. Nos da detalles la antes citada sor María: «Practicaba la caridad con verdadero vencimiento, habiéndolo manifestado especialmente

en su oficio de enfermera desviándose por todas las enfermas con atenciones, teniendo como lema: "Ante todo, la caridad"». Sobre esta caridad tan destacada, sor Teresa del Sagrado Corazón expone igualmente: «A pesar de su temperamento vivo, trabajó mucho por vencerse en el ejercicio de la caridad; incluso con una religiosa connovicia, con la cual no congeniaba por temperamento y diferencia de edad, llegó con el tiempo a aparecer ante las demás que le tenía verdadero afecto; yo misma la oí decir que tenía como lema: "Ante todo, la caridad"».

Ratifica y completa los anteriores testimonios sor Teresa del Sagrado Corazón, portuguesa de origen: «La Hna. Teresa se destacó en su afán por corregir sus defectos, deseo de santidad y de unión con Dios; también se destacó grandemente en la virtud de la caridad en el desempeño de su cargo de enfermera».

Este esfuerzo ascético tenía como finalidad no sólo el dominio de sí misma, sino todavía más la imitación de Cristo. Por eso cultivaba intensamente la unión con el Señor. La Hna. Teresa supo, pues, encauzar su temperamento impetuoso, generoso, en el servicio de Dios y el amor a los demás. Dio pruebas singulares en las circunstancias de persecución religiosa de aquel momento y, sobre todo, en los días que preceden a su martirio.

Que estaba impregnada del deseo del martirio, lo testifican varias de sus compañeras. Varios testigos cuentan también que, habiendo recibido una carta en cuyo encabezamiento figuraba jocosamente un «¡Viva la República!», ella, la Hna. Teresa, con el permiso de la priora, respondió: «A tu ¡Viva la República! contesto con un ¡Viva Cristo Rey! y ojalá pueda repetir este mismo grito en la guillotina».

Dios acogió su deseo y le concedió gritar repetidas veces «Viva Cristo Rey». Estaba preparada de antemano y lo manifestaba con rasgos de humor, como atestigua sor M.^a del Sagrado Corazón: «Sobre la Hna. Teresa manifiesto que dijo en una de las últimas cenas hechas en el convento: "Hay que comer mucho para tener mucha sangre, para derramarla por Cristo Rey"». Gran fortaleza y audacia mostró en aquellos tres días trágicos, desde la salida del convento, el 22, hasta la tarde de su martirio, el 24. Pero su fortaleza no procedía ante todo de su carácter vivo, sino de la gracia del Espíritu Santo. Tendremos ocasión de comprobarlo al relatar su martirio. Sufrió no sólo por la fe, sino, como parece, en defensa de la virtud de la castidad.

3. Beata Marciana VALTIERRA TORDESILLAS

Hermana María Angeles de San José, carmelita

** Getafe (Madrid), 6 marzo 1905*

† Guadalajara, 24 julio 1936

31 años

Fue también la última de siete hermanos, precedida por cuatro niñas y dos niños. Dos de sus hermanas fueron también religiosas y atestiguaron en el proceso canónico. Se trata de sor Marcelina de la Santísima Trinidad, concepcionista franciscana, y de sor María de la Consolación, escolapia. En la familia, además, hubo ocho religiosas: tres tías, tres primas y dos sobrinas.

Fue bautizada el día 12 del mismo mes y año en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena de Getafe, siendo madrina su hermana Marcelina. Recibió la confirmación en 1910 y la primera comunión en 1913. Se distinguió ya desde niña por su piedad y acción apostólica. En la parroquia fue el brazo derecho del párroco, ocupándose preferentemente en el fomento de las misiones, además de la catequesis, enfermos y obras de apostolado.

Desde muy joven sintió la vocación religiosa y en ello influyó notablemente la lectura de la vida de Santa Teresita, cuando tenía catorce años. Hubo de retrasar, sin embargo, su ingreso en el convento por tener que atender a su padre viudo y a una tía enferma.

Esperó con paz y sumisión a la voluntad de Dios hasta los veinticuatro años. Tras la muerte de su tía, su padre le concedió la autorización. Pudo ingresar en el Carmelo de Guadalajara el 14 de julio de 1929. Recibió el hábito el 19 de enero de 1930. Tras el año de noviciado, pudo realizar su profesión el 21 de enero de 1931. Y, tres años más tarde, fue admitida a los votos perpetuos. Poseía un gran sentido de la modestia en el vestir y de la pobreza. Sor María de la Concepción recoge una opinión sobre ella: «Era tan austera que hasta sus amigas llegaron a decir que, si vivían mucho, aún la iban a ver en los altares».

Respecto a la vida en el convento de Guadalajara —poco más de siete años—, los testimonios son unánimes en destacar su anhelo vehemente de perfección y santidad, su unión con Dios, su dominio de sí misma y su constancia y perfecta obediencia.

Supieron captarlo sus hermanas por las cartas que les escribía desde Guadalajara. Sor Marcelina atestigua: «A través

de sus cartas y por confidencias recibidas, sé de sus grandes deseos de perfección en el cumplimiento de los Mandamientos en general; y las religiosas me pedían sus cartas para leerlas porque les edificaban mucho». Sor María de la Consolación corrobora: «De su conducta durante la vida religiosa en el convento testimoniaban sus cartas, que no he podido conservar por motivo de la guerra. Cuando las leía la Madre Superiora de mi comunidad me solía decir: “Ya tiene para hacer meditación”. Después de haber sido asesinada, al enterarse esta misma madre de lo ocurrido, me preguntó si era la que escribía aquellas cartas tan hermosas, y, al saber que se trataba de ella, pues tenía otra hermana religiosa, exclamó: “No tenga pena, que era una santa y está en el cielo”».

Pasó en el Carmelo siete años. Fueron años de intenso fervor. Sus compañeras recuerdan a sor Angeles como un alma muy de Dios y muy observante hasta la delicadeza. Varias compañeras destacan su celo por las misiones y su entusiasmo por recoger sellos para este fin. Y no eran sólo palabras u oraciones. Cuando las Carmelitas Descalzas de Santa Ana de Madrid hicieron una fundación en América, ella se mostró dispuesta a partir. No le concedieron el permiso, pero su gesto manifestó la generosidad de su espíritu.

El Señor le concedió la gracia del martirio. Fue la primera en caer bajo la descarga de fusilería en la tarde del 24 de julio de 1936. No tuvo tiempo de manifestar con palabras audibles su aceptación de la muerte y su perdón a los verdugos. Tampoco hacía falta. ¡Lo había hecho en tantas ocasiones, en particular la víspera misma del martirio! Y sin duda lo hizo en su interior, delante de Dios que escruta los corazones.

Rasgos comunes a las tres carmelitas

Aun sin el martirio, las vidas de estas tres mujeres consagradas a Dios en el Carmelo fueron vidas verdaderamente santas. Sin embargo, hay en ellas rasgos comunes y matices diferenciadores.

Señalemos los más esenciales.

El primero se refiere a sus orígenes. Las tres carmelitas procedían de familias cristianas y piadosas. Las familias de las que procedían sor Pilar, sor Angeles y sor Teresa eran modestas, numerosas, cristianas y piadosas. La Hna. Pilar tenía un hermano sacerdote y una religiosa. La Hna. Angeles tenía dos hermanas y varias tías y primas, hasta completar 11; además,

un hermano de leche, Celestino, llegó al sacerdocio. La Hna. Teresa contaba en la familia con dos hermanos sacerdotes, Julián y Jerónimo; dos primos hermanos, Francisco y Salustiano Lorrio, y algunos sobrinos. En estas familias, la práctica religiosa era habitual; el rezo del rosario a la Virgen se hacía cada día con normalidad.

Un segundo rasgo común es el de su vocación religiosa temprana. La Hna. Pilar ingresó religiosa a los veinte años, tras iniciales resistencias interiores y tener que esperar tres años por circunstancias familiares. La Hna. Angeles ingresó a los veinticuatro, también por razones familiares ya narradas; pero su vocación venía muy de atrás, tal vez desde su primera comunión, y con toda seguridad desde que leyó la *Historia de una alma* de Santa Teresita del Niño Jesús. Durante los largos años de espera en el mundo vivió como una religiosa. De la precoz vocación de la Hna. Teresa hemos hablado también anteriormente. Baste recordar su voto de castidad a los nueve u once años y su decisión de ingresar en el Carmelo a los trece años y medio, que pudo realizar recién cumplidos los dieciséis.

Las tres, por fin, querían ser carmelitas. ¿Por qué? ¿Qué descubrieron en el Carmelo? Las dos más jóvenes se veían influidas decisivamente por la lectura del libro de Santa Teresita. En el caso de sor Pilar, el ejemplo de su hermana sor Araceli parece que fue aquí decisivo.

Llegaron al Carmelo, conforme al espíritu de la santa reformadora Teresa de Jesús, para santificarse y para procurar la salvación de las almas mediante la contemplación y la inmolación de sí mismas.

No fueron perfectas desde el principio. Tienen también algunas faltas, menores por cierto, que sus hermanas no ocultarán en el proceso canónico. Pero tratan de superarse. Sin embargo, a la Hna. Angeles la consideran como una santa. Hemos citado testimonios de quienes convivían con ella y no le vieron falta alguna. Ardía en deseos de martirio, pero no tuvo tiempo de manifestar exteriormente su aceptación en la hora suprema. Estaba ya madura.

Las declaraciones de otras hermanas nos presentan a la Hna. Teresa como muy viva, impulsiva y hasta algo altanera, pero a la vez subrayan su permanente afán de superación y sus victorias. Su generosidad y entrega sin límites a los demás estaba acorde con su lema: «Ante todo, la caridad». A la hora del martirio lo demostró ampliamente.

Con gran objetividad se señalan en el proceso algunos defectos o faltas pequeñas de la Hna. Pilar. Se afirma que no

había manifestado tan abiertamente su deseo de martirio, lo que, por otra parte, es explicable teniendo en cuenta su edad superior y su menor impetuosidad. Lo hizo, sin embargo, en la última etapa y lo repitió a lo largo de varias horas, aceptando aquella muerte violenta y perdonando a sus verdugos.

Sus vidas nada tienen de extraordinario. Son las que desde más de cuatro siglos siguen las hijas espirituales de Teresa de Jesús. Realizan los trabajos más sencillos, dedican lo mejor de su tiempo a la contemplación y la penitencia, viven entregadas a Dios y a la Iglesia, aman a la Virgen María con la ternura de hijas y la fidelidad de esclavas.

Poco se diferencian estas tres vidas. Sólo en los matices que hemos señalado. En la Hna. Pilar destaca su amor a la Eucaristía, al Señor presente en ella, a quien llama «el Vivo», y su profundo espíritu de recogimiento. Al hablar de la Hna. Angeles es opinión común que se distinguió por su amor a las Misiones, por ser muy observante y cumplidora, muy sacrificada, por ser alma muy de Dios. En la Hna. Teresa nos llama la atención su generosidad («hubiera ido a una leprosería»), su abnegación como enfermera, su espíritu de mortificación y vencimiento propio, su amor a la Eucaristía y al sagrario.

Martirio de las tres carmelitas

Entre todas las carmelitas del convento de San José, Dios las escogió a ellas para ser mártires. Lo deseaban, como también todas las demás hermanas y tantos otros en aquellos difíciles años. ¿Cómo fueron los hechos? ¿Qué ocurrió los días anteriores al 24 de julio de 1936, fecha del martirio?

Nadie mejor que las mismas carmelitas supervivientes pueden narrarlos. Escriben las carmelitas: «No es necesario decir lo mucho que en estas circunstancias sufrimos y los sustos que nos llevamos, pues a altas horas de la noche nos daban golpes en las puertas de la iglesia y de la portería, y aun durante el día los que pasaban delante del convento nos amenazaban en voz alta y hasta los niños apedreaban la casa de la demandadera. No nos acostábamos tranquilas, temiendo algún asalto nocturno al convento, y muchas veces quedaban algunas religiosas de vela para avisar a la Comunidad si pasase algo...».

Otros testigos corroboran la anterior afirmación. Un sacerdote declaró: «El año 1936, cuando ya estaba yo aquí en Guadalajara desde el 1935, continuamente nos insultaban por

las calles y con frecuencia los niños, azuzados por los mayores, nos apedreaban».

Existía, pues, también en Guadalajara, por parte de algunos sectores, un clima de animadversión y aun odio hacia todo lo sagrado.

El día 22 de julio por la mañana, llegaron a Guadalajara grupos de milicianos. Al atardecer, ante el temor de que el convento fuera incendiado, decidieron abandonarlo las religiosas. Salieron de dos en dos buscando refugio en diversas casas. La Hna. Pilar y Hna. Angeles, junto con otras más, encontraron refugio en el Hotel Iberia, situado en la calle Teniente Figueroa; la Hna. Teresa se refugió en una pensión de la misma calle. Todas iban vestidas modestamente sin el hábito religioso.

El día 23 de julio por la mañana, las monjas refugiadas en el Hotel Iberia lo abandonaron y se trasladaron a la pensión de la misma calle, en la que se encontraban ya las tres Carmelitas Sor Pilar, Son Angeles y Sor Teresa. Llegaron entonces a reunirse hasta doce religiosas en esta pensión.

El 24 de julio, día del martirio, ante el peligro que corría, por tener refugiadas a tantas religiosas, la dueña de la pensión les dijo que sólo podían quedarse tres y las demás habían de buscar refugio en otros lugares. La Hna. Teresa, magnánima y decidida, propuso que le acompañasen otras dos religiosas a casa de una señora conocida suya en la calle Francisco Cuesta, 5. Se ofrecieron a acompañarla la Hna. Pilar y la Hna. Angeles. Eran aproximadamente las cuatro de la tarde. Salieron las tres con el natural sobresalto, recorrieron los metros que quedaban de la calle Teniente Figueroa y se introdujeron en la calle Miguel Fluiteros (o Mayor baja). Al entrar en ésta fueron avistadas por un grupo de milicianos y milicianas, que se encontraban comiendo junto a un auto. Una de las milicianas se dio cuenta enseguida de que eran monjas, lo que no era demasiado difícil de adivinar por la forma modesta de vestir de las religiosas. Dicha miliciana gritó a sus compañeros: «Anda, Pepe, valiente, ésas son monjas».

Las religiosas caminaban con rapidez y llegaron al número 5 de la calle Francisco Cuesta. Subieron a la tercera planta; llamaron, pero nadie respondió. Bajaron a la segunda; hicieron el mismo intento, pero con idéntico resultado negativo. Se vieron por ello forzadas a bajar al portal del inmueble. Pero entretanto los milicianos y milicianas les habían seguido los pasos y les exigieron salir a la calle. Sonaron inmediatamente varios disparos, cayó al instante la Hna. Angeles y quedó

malherida la Hna. Pilar, mientras que la Hna. Teresa pudo escapar.

Parece que la muerte de sor Angeles fue rápida, en la misma acera del número 5 de la calle F. Cuesta. Si no murió en aquel mismo instante, en todo caso se encontraba en estado preagónico cuando fue llevada al dispensario de la Cruz Roja.

Más lenta y conmovedora fue la muerte de sor Pilar. Al sufrir ésta las descargas, cayó en tierra mortalmente herida; se levantó con dificultad, da algunos pasos y cruza la calle hacia la otra acera. Al verla siguieron disparando contra ella y, según parece, fue herida también con arma blanca.

Según declaración de un testigo ocular, el propio farmacéutico, fue transportada a su farmacia de la calle Mayor, donde un médico la examinó. Al advertir el gravísimo estado en que se encontraba la herida, pidió que fuese trasladada al dispensario de la Cruz Roja. Allí fue examinada. Algunos de los milicianos que la transportaron querían rematarla, según afirma la testigo María Carrasco. Como en el dispensario apenas podían hacer nada por ella, la colocaron en una camilla y la bajaron al Hospital Provincial, donde fue atendida por un médico, quien, por su indumentaria, la reconoció enseguida como religiosa. Una Hija de la Caridad, vestida de seglar, que trabajaba en el Hospital, sor Dolores Casanova, también se dio cuenta de que era religiosa; le enseñó el rosario y le ofreció el crucifijo. Escuchemos su declaración: «Yo, que bajo el vestido de seglar llevaba el rosario, se lo presenté y ella dijo: "Padre, perdónales, que no saben lo que se hacen". Y murió enseguida. Al examinarla para ver si podíamos atenderla y curarla, comprobamos que tenía la espalda acribillada por la gran perdigonada. Tenía también heridas en las dos rodillas».

¿Qué aconteció entre tanto con sor Teresa? Parece que fue la última en salir de la casa de Francisco Cuesta, 5 y que, al oír los disparos contra sus compañeras, logró escapar y meterse en el portal de la casa número 1; intentó luego entrar en el Hotel Palace, situado en la calle Miguel Fluitters, pero estaban a la puerta varios milicianos que se lo impidieron.

Era la más joven de las tres y tal vez por ello actuó con más agilidad, pero por corto tiempo. Estando junto al Palace se le acerca un miliciano, quien, fingiéndose protector de ella, intentó cogerla por el brazo y llevársela. Hubo testigos del hecho, como una señora, quien lo narra así: «Al intentar éste tomar del brazo a la religiosa, ésta lo rechazó con energía. Oí cuando pasaba debajo de mi balcón que le decía a la religiosa: "No te asustes, éstos son unos brutos, unos animales, yo te

llevaré donde no te pase nada". La religiosa entre tanto repetía algunas jaculatorias; por ejemplo, le oí decir: "Jesús, Jesús", y siguieron el camino en dirección al cementerio, donde, según oí después, fue asesinada a los pocos momentos de verlos pasar junto a mi casa».

Las propuestas del tal miliciano, según otros testimonios, no eran precisamente honestas. La obligó a caminar por la calle San Juan de Dios en dirección al cementerio. Se le unieron entonces otros milicianos, según cuenta otro testigo, pintor de oficio, en número de tres o cuatro: «Como uno de ellos era conocido mío, le pregunté que dónde la llevaban, y me contestó que era una monja y que le iban a "dar el paseo"». Según otro testigo, mientras la llevaban le mandaron gritar a sor Teresa: «¡Viva el comunismo, Viva Azaña!», pero ella no hacía más que gritar: «¡Viva Cristo Rey!».

Fue acribillada a balazos junto a las tapias del cuartel camino del cementerio. Avisaron los verdugos al enterrador para que retirase el cadáver. He aquí su relato: «Como enterrador del cementerio municipal fui avisado por unos milicianos, cuando estaba en él, para que fuera a recoger el cadáver de una monja, el de la Hna. Teresa, según me he enterado después, que acababan de asesinar; inmediatamente, acompañado de otros cuatro individuos, fui a recoger el cadáver y lo enterramos en el cementerio».

También hasta el cementerio llevan los cadáveres de las otras dos religiosas la misma tarde del 24 de julio; fueron sepultadas en una fosa común con otras víctimas. No fue difícil, años más tarde, cuando se hizo la exhumación el 15 de marzo de 1941, el reconocimiento de los cuerpos de las tres religiosas, que se conservaban prácticamente enteros y con los escapularios y crucifijos grandes del pecho.

Del martirio material de las carmelitas no cabe la menor duda. Nos interesa ahora el motivo de su muerte. Muchas son las preguntas que pueden hacerse al respecto. ¿Quiénes fueron sus perseguidores y ejecutores? ¿Qué les movió a matarlas? ¿Quizás motivos políticos de algún tipo? ¿Tal vez alguna venganza personal contra unas religiosas de clausura? ¿O fue el odio a la fe y a la religión, de las que estas mujeres eran testigos o representantes calificados?

Queda fuera de cualquier duda razonable que los causantes de la muerte de las carmelitas de Guadalajara fueron personas movidas por el odio y el afán de destrucción de valores superiores. Podría tal vez decirse que les movió también un afán de revancha político-social, o un deseo de combatir a

sectores de una determinada clase social. Admitido esto, es también innegable su actuación antirreligiosa, manifestada en la quema de iglesias, destrucción de signos religiosos, persecución abierta contra personas por el único motivo de representar la religión, por ejemplo, sacerdotes.

Parece fuera de duda que estos hombres y mujeres pertenecían a asociaciones extremistas, imbuidas de un fortísimo odio político y religioso, que demostraban asesinando con la mayor facilidad a sacerdotes, religiosos o religiosas o seglares católicos. Las ideologías, que movían sus mortíferas armas, se caracterizaban por el rechazo y odio contra la religión. Los creyentes habían de ocultarse, evitando cualquier señal exterior, si querían conservar la vida.

Por otro lado, cuando ocurre el homicidio de las carmelitas, el 24 de julio por la tarde, ya habían pasado dos días, en los que se dio abundante espacio a la revancha y represión de estos milicianos contra los grupos de otro signo.

Sólo hubo un motivo para asesinar a estas mujeres. Esos milicianos y milicianas no conocían personalmente a las carmelitas. Pero, al darse cuenta una miliciana, por la indumentaria de las tres, de que se trataba de monjas, todo cambió en un instante. Eran «monjas» y por eso dispararon contra ellas. Esta sola palabra «monjas» provocó en ellos una reacción violenta inmediata, que reveló, sin duda, sus más íntimos pensamientos y actitudes contra la religión.

No investigaron quiénes eran, ni a qué Congregación pertenecían. Poco les importaba a aquellas personas, víctimas a su vez de ideologías destructoras. Era el odio a la religión, a la fe, a la Iglesia y sus instituciones, el que dispara en primer lugar las palabras y luego los fusiles.

Los testigos directos o indirectos son concordes en afirmarlo. Todos, en sus declaraciones, responden que fueron asesinadas por el único motivo de ser religiosas. He aquí la declaración de una testigo: «Al pasar por la calle fueron reconocidas como religiosas por una miliciana que se hallaba en un camión con milicianos, que estaban merendando. Aquélla gritó al verlas: "Tiradles, que son monjas". Uno de ellos, sin duda más moderado, contestó: "Déjalas que vayan". A lo que contestó ella: "Si vosotros no lo hacéis, yo lo haré". Entonces aquel mismo miliciano, animado por aquellas palabras de esta mujer, dijo: "A hacer una tortilla nadie me gana". Descendieron todos del camión y fueron tras las religiosas que bajaban ya de los pisos, cuyas puertas no les fueron abiertas, y al aparecer en el umbral de la puerta de la calle les dispararon». Y un poco más

adelante, refiriéndose a la Hna. Pilar ya herida y conducida a una farmacia inmediata, gritaban: «¡A rematar a esa monja!».

Explosiones de odio similares se repitieron cuando conducían el cuerpo herido de sor Pilar al dispensario de la Cruz Roja, según afirma otro testigo. Y siempre se indica que el único motivo se debía a su condición de monja.

Este motivo se aprecia de forma más explícita en el martirio de la Hna. Teresa. Testigos «de visu» informaron que la invitaron a gritar «¡Viva el comunismo, viva Rusia!», si quería salvar la vida; pero ella repetía con fuerza: «¡Viva Cristo Rey!».

Otra testigo cita la declaración de un hijo del dueño de la Funeraria Olmeda, hecha bajo juramento, que le dijo lo siguiente: «Cuando iba al cementerio a llevar una caja, al volver una esquina vi hacia adelante unos milicianos que llevaban una mujer, y, al llegar a cierta distancia, ella abrió los brazos y, echando a correr, gritó: «¡Viva Cristo Rey!», y entonces los milicianos dispararon contra ella por la espalda y cayó a tierra... Al llegar al cementerio dije al conserje que estaba allí una mujer tendida en el camino, para que la fuese a buscar, y el conserje contestó: «Déjala, si no fuera monja no la hubieran matado».

Nuevos detalles aporta otra testigo, que hubo de ir al cementerio para ver el cadáver de un hermano político sacerdote, también asesinado, y entonces «oí unas detonaciones y al poco rato vinieron diciendo que habían asesinado a una monja... Me ordenaron que me retirara y en el camino escuché a unos hombres... que comentaban la muerte de esta religiosa, que no era otra sino la Hna. Teresa, según supe después; decían que no habían visto monja más valiente, pues había muerto gritando “¡Viva Cristo Rey!”».

Hemos ya aludido a otro verosímil motivo en la muerte de sor Teresa. Lo cuenta una testigo: «Oí que aquella decía: “¿Adónde me lleváis por aquí?”. Me impresionó la voz como ya conocida. Los milicianos contestaban: “No tengas miedo, te llevamos al Comité”... Vi que la Hna. Teresa iba recelosa, porque mientras un miliciano se quedaba atrás, otro le daba palmaditas en la espalda, mientras le hablaban cosas que yo no podía escuchar. Cuando me dirigí a mis familiares a decir lo que había visto oí una detonación, volví a la galería y ya no vi a la Hna. Teresa, sin duda porque estaba ya en el suelo... Fui testigo de cómo del maletín de la Hna. Teresa sacaban su contenido, que no era otro sino un libro de rezo, una carta y unas estampas en el libro. Leían la carta en voz alta, acompañando a su lectura los comentarios soeces con aplausos de la

chusma de aquel barrio. También leían las oraciones del libro burlándose de las monjas».

Por este y otros testimonios se aprecia, pues, que la Hna. Teresa fue asesinada no sólo por el odio a la religión, sino también por rechazar las insinuaciones impúdicas de un miliciano. Al menos, este rechazo contribuyó a excitar más la rabia de aquellos verdugos.

No fueron asesinadas por motivos políticos. Casi huelga explicar este punto. Empecemos por las venganzas personales, que pudieron explicar otras muertes. No pudieron darse en absoluto en nuestro caso, pues ni los milicianos conocían personalmente a las carmelitas, ni ellas habían dado el menor motivo para ser objeto o provocar una venganza.

Tampoco caben motivaciones de tipo político, que sí pudieron darse en otros casos, v.gr., tratándose de personas con proyección o acción pública, ya fueran seglares, ya algunas veces sacerdotes. Al menos, en algunos casos se alegaron estas motivaciones. Ahora bien, ¿qué compromiso político con tal o cual partido, con tal o cual ideología, podía darse en unas monjas de clausura? Consta que, para evitar cualquier pretexto en este sentido, las Carmelitas de San José no quisieron salir a votar en las elecciones de aquel año.

Afirma una de las religiosas carmelitas que se salvó de la persecución: «Ninguna de las monjas de este convento nos metimos en política para nada, hasta tal punto que nos negamos a salir para votar durante todo el tiempo de la República, aun en 1936, a pesar de las presiones de las derechas para que saliéramos». Y otra religiosa corrobora: «Aunque de muchos conventos salieron a votar en las elecciones de febrero, nosotras no lo hicimos, ni tuvimos trato con ningún elemento civil».

La conclusión es bien clara: la única causa o motivo por el que fueron asesinadas las carmelitas de Guadalajara fue el odio contra la religión, que ellas como monjas representaban.

La muerte de las carmelitas como testimonio supremo de fe y amor

No basta que el perseguidor ejecute a sus víctimas por odio a la fe o a la religión. Si éstas se resisten violentamente o se defienden por la fuerza, podrán tal vez ser consideradas como héroes, pero no como mártires. El martirio reclama de la víctima la aceptación voluntaria y paciente de la muerte y el

perdón a los verdugos. ¿Se cumplen estas condiciones en el martirio de las carmelitas?

En Guadalajara todas hubieran querido ser mártires, pero el Señor sólo a tres lo concedió. La M.^a Araceli, priora del convento, lo atestigua: «Las tres Siervas estaban dispuestas a perseverar e incluso a morir si hiciera falta. Todas estaban dispuestas a lo que viniera, decididas a morir antes que ofender a Dios». Y sor María del Sagrado Corazón añade: «Como todas, las tres Siervas de Dios estaban dispuestas a sufrir el martirio y me consta ya de antes que las hermanas Teresa y Angeles tenían verdadero anhelo por el martirio».

Es bien clara, pues, la disposición y voluntad habitual de sufrir el martirio por parte de las tres carmelitas. Hubo además momentos en que lo manifestaron expresamente: «De un modo especial en los días de recreo, como eran los festivos, manifestaron repetidas veces sus deseos de martirio». Cada una de ellas lo hizo a su manera, según cuenta sor M.^a del Rosario: «El mismo día 22 de julio de 1936 tuvimos la misa a puerta cerrada.. permaneciendo todo el día en oración, y, al caer la tarde, la Hna. Pilar se acercó a la Priora, sor Araceli, para decirle: “Madre, he dicho al Señor que, si quiere alguna víctima en esta Comunidad, que me escoja a mí y se salven las demás”».

Respecto a la Hna. Teresa baste recordar de nuevo su respuesta a la carta en la que en tono jocoso se decía «Viva la República»: «A tu “Viva la República” contesto con un “Viva Cristo Rey” y ojalá diera mi vida en una guillotina por El». La Hna. Angeles, «alma muy humilde y virtuosa, tenía grandes deseos de martirio, pero advertía siempre que se consideraba indigna de esa gracia, que ella consideraba muy grande».

Sobre la Hna. Teresa manifestó que dijo en una de las últimas cenas en el convento: «Hay que comer mucho para tener mucha sangre, para derramarla por Cristo Rey».

A la Hna. Angeles, todavía en el convento, la oí muchas veces manifestar su deseo de dar la sangre por Dios. Estando yo refugiada en casa de doña Ascensión Valverde, me dijo una joven, que creo que era religiosa, a quien desconocía y no puedo identificar: «Qué santa debe ser la Hna. Angeles y qué deseos tiene de martirio. Y esto me lo decía con verdadero entusiasmo y esto me lo decía a mí misma».

Se impone, a la luz de tantos testimonios, la convicción moralmente cierta acerca de la disposición habitual y repetida, en las tres carmelitas, a aceptar la muerte por la fe. ¿Qué ocurrió cuando llegó la hora suprema?

La Hna. Angeles no tuvo tiempo de manifestar esta aceptación, al menos externamente. Cayó al instante, mortalmente herida por las descargas de los milicianos. Había escrito: «Oh dulcísimo Jesús, como ovejitas fieles, queremos seguirte siempre hasta, si es necesario, dar nuestra vida por Ti. Dios mío, recibid mi vida entre los dolores del martirio y en testimonio de mi amor a Vos, como recibisteis la de tantas almas como os amaron y por vuestro amor murieron». Por lo demás, la noche anterior, en el refugio donde se encontraban, había dicho a la Madre Piora: «Madre, ¡qué dicha si fuéramos mártires!».

También había escrito la Hna. Pilar: «Señor y Dios mío, desde ahora recibo ya de vuestra mano con ánimo tranquilo y gustoso cualquier género de muerte que te pluguiere darme, con todas sus amarguras, penas y dolores». Y a fe que cumplió a la perfección este ofrecimiento, desde que cayó acribillada en la calle Francisco Cuesta, pasando por su breve permanencia en la farmacia de la calle Mayor, hasta su estancia en el dispensario de la Cruz Roja y la última etapa en el Hospital Provincial.

Todos los testigos coinciden en señalar su paciencia y su ofrecimiento de perdón. La dentista María Carrasco: «Ella se tranquilizó un poco y entonces empezó a decir: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿qué les he hecho yo para que así me traten?”, e inmediatamente: “Perdonadles, que no saben lo que hacen”, y repitió muchas veces estas palabras, hasta tal punto que aquel espectáculo me impresionó de tal forma, que estaba profundamente acongojada y llorando, y en el mismo estado de ánimo estaban casi todos los presentes, médicos, practicantes e inclusive los guardias de asalto».

Un practicante, don Aurelio Díaz Clemente, lo ratifica: «... a la que yo oí varias veces decir: “Dios mío, perdónales que no saben lo que hacen”, sin que hiciera manifestación alguna de odio o aversión contra sus enemigos, sino más bien de paciencia y resignación cristiana».

Poco queda que añadir a lo ya antes escrito sobre las horas últimas y momentos finales de la Hna. Teresa. Aportamos como complemento dos testimonios todavía no mencionados. Sor Modesta del Espíritu Santo atestigua: «La Hna. Teresa varias veces había manifestado sus deseos de martirio; por eso ella en una recreación pidió hacer el papel de mártir». Y otra compañera, sor María Cecilia del Stmo. Sacramento, declara: «Aunque nos embarga el temor de lo que podía suceder, de la Hna. Teresa recuerdo que manifestaba su deseo de martirio;

ella y yo nos disputábamos el honor, si entraban los rojos, de romper el torno e ir a salvar el Santísimo».

Todos estos deseos fueron puestos en acto en la tarde del 24 de julio de 1936. La joven religiosa manifestó su generosidad y valentía en arrostrar la muerte en defensa de su fe y su pureza. En lugar de gritar «Viva el comunismo», gritó «Viva Cristo Rey» y extendió sus brazos en cruz. Sus mismos perseguidores y ejecutores admiraron su valentía moral y su fortaleza de espíritu.

Con todos estos datos bien comprobados, nadie puede dudar de que nos hallamos ante un auténtico martirio, en nada diferente del de los antiguos mártires de los primeros siglos de la Iglesia. Al declararlo, la autoridad de la Iglesia no hace, por otro lado, más que reconocer oficialmente lo que ya el pueblo cristiano había intuido. Muy poco tiempo después de los hechos se extendió la fama del martirio de las carmelitas.

Fama del martirio de las carmelitas de Guadalajara

La fama de martirio de las tres carmelitas se extendió ya durante la misma guerra e inmediatamente después. Abundan los testimonios al respecto, tanto internos como externos, recogidos en el proceso canónico.

Tras haberse efectuado el traslado de los restos mortales en 1941 a petición del mismo pueblo, se hicieron estampas con las fotografías de dichas religiosas y reliquias. Hubo personas que fuera de España contribuyeron a esta divulgación. La primera que las dio a conocer públicamente fue la Madre Inés de Jesús, priora de las Carmelitas de Lisieux, hermana de Santa Teresita del Niño Jesús, la cual publicó el resumen de su martirio en los *Anales de Santa Teresita*. Y más tarde ella misma mandó imprimir unas hojitas con el mismo relato.

Esta fama de martirio se produjo al saber cómo murieron y por qué murieron. Un sacerdote de Portugal también publicó el relato en la revista *Rosas de Santa Teresita*, e hizo imprimir estampas, que difundió.

Después de la guerra, en el convento comenzaron también a imprimir estampas de las tres Siervas de Dios con una oración y sus fotografías, y también se difundieron sus biografías.

¿Quién promovió esta fama? Parece claro que surgió espontáneamente al conocer cómo murieron y por qué causa. Desde el primer momento se creyó que estas religiosas eran verdaderas mártires, sin que nadie influyera en el ánimo de los

fieles. No existió una promoción interesada o dirigida artificialmente. La conciencia del pueblo distinguió las muertes de las tres carmelitas de otras, en que intervinieron otros motivos.

A la fama ha acompañado obviamente la invocación y la petición de gracias y favores. Muchos de los testigos del proceso reconocieron su devoción a las tres Siervas de Dios. Se las invocaba o a las tres en grupo, o a cada una de forma individual, según los casos; con más intensidad, a la Hna. Teresa, tal vez por la forma más llamativa de su muerte. Pero no faltaron testimonios de invocación singular y expresa a la Hna. Pilar y a la Hna. Angeles.

A la intercesión de las Siervas de Dios se atribuyeron muchos favores corporales y espirituales. En algún caso se tuvo la impresión de que se trataba de auténticas curaciones milagrosas. Según testimonio de personas fidedignas, uno de los milicianos que tomaron parte en la muerte violenta de sor Teresa pidió confesarse antes de morir y lo hizo con don Julián García, hermano de la mártir y párroco de San Ginés de Guadalajara.

Para abrir el proceso fueron enviadas a Roma 212 cartas postulatorias. A ellas han de añadirse las cerca de 1.500 escritas por sacerdotes, religiosos y seglares, en las que exponen los favores recibidos por intercesión de las tres mártires. Del examen de estas cartas se deduce que las carmelitas de Guadalajara eran muy invocadas en España, Portugal, Francia, Holanda, Italia. Se las invocaba asiduamente en Colombia, Chile, Brasil, Argentina, Bolivia, Méjico, Cuba. Tampoco faltaban testimonios de los Estados Unidos, de Oceanía y de Marruecos.

Para llegar a esta conclusión y declaración oficial han sido precisos largos estudios de teólogos y expertos canonistas, basados en la abundante documentación y, especialmente, en las declaraciones de los testigos sobre la vida y la muerte de las religiosas. En nuestro caso se trata de 39 testigos de unos u otros hechos.

La causa de nuestras mártires hubo de realizarse, en primer lugar, según las normas del Derecho Canónico, tras un proceso diocesano a lo largo de los años 1955-58. En realidad ya se había iniciado algunos años antes en Toledo, por pertenecer entonces Guadalajara a la archidiócesis de Toledo. Vivían todavía muchos testigos directos de los hechos, a quienes se tomó declaración en conciencia. Las Actas de este Proceso Ordinario Seguntino se remitieron a Roma. Fue-

ron la base fundamental de todas las demás actuaciones y decisiones.

Durante el pontificado de Juan XXIII, años 1959-60, se llevó la Causa a Roma. Se presentaron a la vez las numerosas cartas postulatorias para que se introdujera la Causa. Procedían dichas cartas no sólo de obispos españoles (19 en total), sino de otras varias naciones, como Estados Unidos, Ecuador, Brasil. Otras fueron firmadas por cabildos catedralicios, órdenes religiosas, párrocos y un amplio número de seglares. Entre éstos destacan ilustres personalidades de Guadalajara y de las islas Baleares, muchos médicos, abogados, militares, etc. (en total, 70 seglares).

Mención especial merecen las cartas postulatorias de monasterios de Religiosas Carmelitas de todo el mundo (80 en total), entre los cuales ocupa un lugar destacado el Carmelo de Lisieux. Y no puede olvidarse la carta del convento de RR. Ursulinas de Sigüenza, en el que se formó la Hna. Teresa.

En total figuran en el proceso 212 cartas postulatorias.

El 17 de septiembre de 1964, toda esta documentación se presenta a estudio del Promotor General de la Fe. Queda, sin embargo, detenido este estudio durante dieciocho años por disposición del papa Pablo VI, quien juzgó conveniente «congelar» por diversas razones de oportunidad histórica los procesos de todos los presuntos mártires de la guerra civil española.

No existiendo ya estas razones de tipo circunstancial, el papa Juan Pablo II autorizó la introducción oficial de la causa de las tres carmelitas de Guadalajara en 1982. Y quiso que fuera la primera en ser estudiada. Desde dicho año, el estudio marchó con gran rapidez, siempre sobre la base del Proceso Ordinario Seguntino de 1955-58 y algunos pocos nuevos datos.

A lo largo de estos años 1982-85 aportaron su trabajo el patrono de la causa y el Promotor de la Fe, quien debía juzgar si constaba la realidad del martirio de las carmelitas. En las discusiones habidas han participado, además, ocho consultores. El 12 de noviembre de 1985 se reunió en Congreso especial el Promotor General de la Fe junto con los ocho Consultores, los cuales oralmente y por escrito dieron su voto. Todos ellos, sin excepción, respondieron que consta con certeza moral la realidad del martirio por la fe en las tres carmelitas.

Al parecer de los expertos siguió el de los cardenales que pertenecen a la Sgda. Congregación para las Causas de

los Santos. Tras varias reuniones al efecto, también dieron su voto favorable ante el Santo Padre el 22 de marzo de 1986. El Papa seguidamente declaró constar del martirio y de la causa del martirio de las Siervas de Dios en el decreto al que antes hemos hecho referencia.